Toma de la Ciudad de Puntapetros Inglesa

VIAJE

ALREDEDOR DEL MUNDO,

HECHO

en los años desde 1740 al 1744

POR JORGE ANSON,

comandante en gefe de la escuadra de S. M. B.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

Don Lorenzo de [illegible].

TOMO SEGUNDO.

MADRID: MAYO DE 1833.

Imprenta de DON TOMAS JORDAN, *calle de Toledo, frente a la del Burro.*

CAPÍTULO XI.

Travesía desde las costas de Méjico hasta las islas de los Ladrones.

Dejando la costa de América en 6 de mayo de 1642, nos dirigimos al Sud-oeste con intencion de aprovechar el viento Nordeste, y que segun algunos navegantes que nos han precedido, debíamos encontrar á las 80 leguas de tierra. Pasáronse sin embargo siete semanas enteras sin haber tenido un viento enteramente favorable; cuyo intervalo era el que suponíamos necesario para llegar á las costas mas orientales del Asia. Los vientos habian sido tan contrarios ó tan poco constantes, que nos hallábamos á la cuarta parte de la distancia, y esto solo bastaba para desanimarnos; pero otros eran los males que nos debian afligir. Hallábanse nuestros dos navíos en muy mal estado, y esto mismo dilataba el viaje y nos hacia concebir temores harto

fundados para lo sucesivo; pues cuando dejamos la costa de Méjico el escorbuto habia empezado otra vez á manifestarse en la tripulacion, si bien quedamos todos perfectamente curados de esta plaga en la isla de Juan Fernandez. Sabíamos por una triste esperiencia que el único medio de salvar la mayor parte de nuestros enfermos era hacer una travesía pronta; y como llevábamos ya siete semanas en la mar, no podíamos lisonjearnos de estar mas próximos al viento favorable que el primer dia, y debiamos suponer naturalmente que nuestro viaje seria tres veces mas largo de lo que habíamos creido al principio: por consecuencia, no teniamos otra esperanza que ó morir del escorbuto ó naufragar por falta de gente que pudiese maniobrar en los peligros que nos amenazaban. Es verdad que muchos de nosotros creíamos que esta enfermedad perderia mucho de su fuerza en el clima que nos hallábamos tan diferente del de Cabo de Hornos; porque regularmente se supone que la malignidad del escorbu-

to es debida al rigor de la estacion ó del clima. Pero la violencia de este mal en nuestra situacion presente nos convenció, por la fatalidad de sus resultados, de la falsedad de todas nuestras hipótesis, si bien estas eran conformes con opinion mas generalmente recibida sobre esta mortífera enfermedad.

Creen por ejemplo que el agua dulce en abundancia, y los alimentos frescos y ligeros, son un poderoso preservativo contra esta enfermedad; pero nosotros teníamos á mano de todos estos remedios, y ademas usábamos una gran cantidad de delfines, bonítalos y otros diferentes pescados, y el tiempo estaba muy metido en agua, de modo que lejos de estar privados de beber, llenábamos nuestros toneles de agua recien llovida, y se distribuían á cada uno cuatro ó cinco azumbres por dia. Pero á pesar de esta abundancia de agua y de pescados frescos, como asimismo de otros manjares no salados ni grasientos, no por eso se habia disminuido el escorbuto. Habíamos tomado ademas

otra precaucion muy recomendable, que es tener muy limpios los navíos y abrir las ventanitas para que circule el aire libre.

Muchos opinan que esta sola precaucion es un poderoso preservativo para el escorbuto; pero nosotros observamos que á pesar de toda nuestra limpieza, el mal continuaba atacándonos, y que nada habia perdido de su malignidad.

No se imagine nadie que yo quiera sostener que las carnes frescas, la abundancia del agua y la circulacion del aire puro sean cosas de poca importancia en esta enfermedad; al contrario, estoy bien convencido que pueden contribuir á evitarla ó á curarse de ella; pero todo lo que yo quiero probar es, que hay ciertos casos en que esta enfermedad es incurable por mas remedios que se hagan, y sobre todo estando en el mar; y me atrevo á asegurar que cuando el enfermo llega á cierto punto, no puede curarse si no se le lleva á tierra, ó al menos á muy corta distancia de la costa. No será muy facil investigar

facilmente cuál sea el orígen de este mal; pero en general es bien sabido que sin renovar continuamente el aire puro no pueden vivir los animales, y que sin perder este aire su elasticidad y ninguna de las propiedades que le son comunes, puede alterarse de tal modo por los vapores que exala el Océano, que viene á ser muy perjudicial para la respiracion de los animales terrestres, á menos que no sean destruidos estos mismos vapores por otra especie de exalaciones que solo la tierra puede suministrar.

Añadiré á lo que acabo de decir, que nuestro cirujano, que atribuía el escorbuto al rigor del clima cuando doblamos el Cabo de Hornos, no omitió nada para el alivio y restablecimiento de nuestros enfermos, pero al fin nos confesó no sacaba mas fruto de su trabajo en un punto que en otro. Por lo tanto, determinó el gefe de escuadra aprobar el efecto de dos remedios de que habia oido hablar mucho antes de salir de Inglaterra, á saber: las píldoras y las gotas de M. Warit. Aunque los efectos de estos

remedios fuesen muy violentos segun lo que decian, hubiéronse de poner en práctica, pues sin ellos parecia inevitable la muerte de nuestros enfermos. Diéronse pues estos remedios á todos los enfermos en cualquier grado de la enfermedad en que se hallasen; y uno de los primeros que los tomaron empezó á echar sangre por las narices con abundancia. Habíale ya desauciado el cirujano y estuvo muy cercano de hallarse en la agonía, pero con esta evacuacion se sintió mejorar, y poco á poco se fue restableciendo aunque muy lentamente, hasta que llegamos á tierra, lo cual se verificó 15 dias despues. Otros sintieron un alivio momentáneo, volviendo á recaer á los pocos dias; sin embargo, estos y los que no curaron no se pusieron con estos remedios peor de lo que antes estaban. La propiedad mas singular de estas medicinas es que obran á proporcion de las fuerzas del enfermo, ó al menos así lo observamos en todos los que las tomaron; de modo que los que no podian ya vivir mas que dos ó tres

dias, no estaban ya casi afectados de la enfermedad, y á proporcion de los progresos que esta habia hecho obraba el remedio por una transpiracion insensible, ó como un vomitivo que nada tenia de violento, ó como una purga suave; pero cuando tomaba el remedio un hombre que tenia aun todas sus fuerzas, se producian los mismos esfuerzos con gran violencia, y duraban á veces ocho horas sin intermision. Sigamos el hilo de nuestra historia.

Ya he dicho que pocos dias despues de nuestra salida de la costa de Méjico se habia roto el palo mayor del *Glocester*, y ahora añadiré que cuando empezamos á sentir el viento favorable, habiéndose este fijado entre el Norte y el Este, no fue con todo bastante fuerte para dispensar al *Centurion* de desplegar todas sus velas; de modo que este navío solo hubiera llegado con tiempo á las islas de los Ladrones para evitar la muerte de muchos de nuestros enfermos. Pero era necesario aguardar al *Glocester*, y como no tenia palo mayor, apenas

podia andar, y bien puede decirse que este navío á merced de sus alifafes nos hizo perder mas de un mes. Una cosa muy singular nos sucedió en esta travesía, y fue que rara vez se pasaba un dia sin ver una inmensa cantidad de pájaros, lo que es una señal cierta que debe haber muchas islas ó peñascos por aquellos mares. Pero estas bandadas de pájaros se han aparecido tambien donde es de presumir que no haya mas islas que las descubiertas hasta la presente, aunque la mayor parte de los pájaros que vimos eran de los que no hacen su mansion en el mar; y por otra parte el modo y tiempo de su llegada era indicios de que venian por la mañana de algun parage cercano á donde se volvian por la tarde. La hora de su ida y de su venida variaba gradualmente, y todo nos hacia creer no estaríamos muy lejos del lugar de su mansion.

Siguió el viento favorable desde fines de junio hasta despues del 20 de julio, pero el 26 de este mes, hallándonos cerca de trescientas leguas

de las islas de los Ladrones, cambió el viento al Oeste, y tardó cuatro dias en volver á sernos favorable. Este contratiempo nos hizo perder la esperanza de salir pronto de nuestros afanes, tanto mas cuanto habia ocurrido una nueva desgracia al *Glocester;* pues como nos hallábamos en una calma profunda, chocaron naturalmente ambos bajeles y se abrió otro palo de este navío. Como quedó imposibilitado de llevar velas por algun tiempo, hubimos de llevarle á remolque así que volvió á comenzar el viento, y mientras tanto pasaron á bordo de aquel navío ocho ó diez de nuestros mas diestros operarios, y trabajaron ocho ó diez dias hasta reparar su nueva avería. Pero aun estaban reservados nuevos reveses.

Apenas se hubo reparado el *Glocester*, esperimentamos una tempestad del Oeste que nos obligó á retroceder. Al principio de esta tempestad se abrió nuestro navío y empezó á entrar tanta agua que todo el mundo hasta los oficiales tenian que dar á la bomba; al dia siguiente perdió otro palo el *Glo-*

cester y esta desgracia nos pareció absolutamente irremediable, pues su tripulacion estaba tan disminuida que no podia hacer nada sin nuestro ausilio, y nosotros no podíamos socorrerles, pues los pocos que nos hallábamos sanos teníamos que dar incesantemente á las bombas. Por otra parte ignorábamos aun algunos males del *Glocester* y el deplorable estado de su tripulacion, pues la tempestad que nos habia privado hasta de comunicarnos empezó á calmar; el *Glocester* se juntó con nosotros, el capitan Michel dijo al gefe de la escuadra que ademas de la pérdida de los palos que estaba dimisible, tenia siete pies de agua en el navío, aunque los oficiales y toda la tripulacion no habian dejado de dar á la bomba veinte y cuatro horas. Esta nueva desgracia exigia una pronta asistencia que el capitan Michel pidió vivamente al gefe de la escuadra; pero la debilidad de nuestra gente y el cuidado de nuestra propia conservacion fueron causa de que Mr. Anson no pudiese atender á sus necesidades. Lo mas que pudimos hacer fue enviar

nuestra chalupa á bordo para que tomase exactos informes del estado de aquel navío, y no tardamos en comprender que el único recurso que quedaba para salvar la tripulacion del *Glocester* era recibirla á nuestro bordo y echar á pique aquel navío. Volvió nuestra chalupa con un exacto detalle del triste estado del *Glocester* firmado por todos los oficiales. Segun este parecia que aquel navío hacia ya agua por tres ó cuatro partes, y que ya era imposible el poder reparar tantas fuerzas, de modo que los oficiales y el resto de la tripulacion habian estado dando á la bomba inutilmente; el agua habia entrado ya en las despensas y se habia llevado los víveres y todas las provisiones. En una palabra, estaba todo el bajel en tan mal estado que aguardaban de un momento á otro se fuese á pique, y la tripulacion estaba muy disminuida, pues no consistiendo mas que en setenta y siete hombres, diez y ocho marineros y dos prisioneros, de estos no habia mas que veinte y siete que estuviesen en estado de poder venir á la cubierta.

Luego que el gefe de la escuadra recibió este aviso mandó que se enviasen al *Glocester* víveres y agua, y al mismo tiempo un carpintero que ratificase el examen de las averías. Declaró este á su regreso que el detalle que habian enviado á Mr. Anson era demasiado cierto; y así, viendo el gefe de la escuadra que era imposible reparar aquel navío, resolvió á lo menos salvar su tripulacion. A la verdad era el único partido que podia tomarse; nuestros esfuerzos apenas eran suficientes para salvar nuestro propio navío, y lejos de poder prestar ausilio le necesitábamos para nosotros. Como entonces no hacia mucho viento se mandó al capitan Michel que enviase toda su gente á bordo del *Centurion*, y que sin perder tiempo tratase de salvar las provisiones y víveres que tuviese á la mano, como igualmente aquellas cosas de mayor valor; y como en este tiempo favorable no exigia nuestro navío tanto trabajo, enviamos en nuestras chalupas toda la gente que no necesitábamos para que ayudasen al capitan Michel.

Empleáronse dos dias en trasportar á bordo de nuestro navío lo mas principal que habia en el *Glocester*; el gefe de la escuadra hubiera querido se hubieran sacado tambien los cables de una áncora, pero el navío estaba tan agitado que esto no se pudo conseguir; aun costó bastante trabajo trasportar el dinero que se habia cogido en el mar del Sur; pero las mercancías cuyo valor subia á muchos milles de libras esterlinas, y que principalmente pertenecian al *Centurion* se perdieron enteramente. Reducíanse todas las provisiones que se pudieron salvar á cinco toneles de harina, de los cuales tres estaban averiados por el agua del mar. Los enfermos, cuyo número pasaba de sesenta, fueron trasportados á la chalupa con el mayor cuidado posible, segun lo permitian las circunstancias, y á pesar de eso murieron tres ó cuatro al mismo tiempo que iban á entrar en el *Centurion*.

Por fin el 15 de agosto se acabó de trasportar todo lo que habia podido salvarse del *Glocester*, y este hacia tanta agua que segun todas las apa-

riencias se iria á fondo á las pocas horas. Sin embargo, como el mar estaba en una perfecta calma opinaban los carpinteros que aun podia flotar alguno sobre el agua y resolvimos prenderle fuego, pues ignorábamos qué distancia nos separaba de la isla de Guam que estaba en poder del enemigo, y no queríamos que viesen los despojos del *Glocester*, cuya desgracia sabe Dios á que lo atribuirian. Ardia ya el navío cuando el capitan Michel y sus oficiales le dejaron para venir á bordo del *Centurion*, é inmediatamente nos alejamos no sin temor de que si saltaba á corta distancia de nosotros sus chispas podian perjudicar á nuestro navío; pero ardió toda la noche y á medida que las llamas llegaban á los cánones oiamos las descargas. Acia las seis de la mañana, estando ya á cuatro leguas de distancia, oimos la última esplosion; no nos pareció muy violenta, pero vimos una gran columna de humo negro que subia hasta una altura considerable.

Así pereció el navío de guerra *Glocester*. Teníamos entonces esperanza

de poder concluir nuestro viaje mas prontamente, pues la tripulacion del *Glocester* habia sido un refuerzo para la nuestra, pero aun no habian acabado todos nuestros males pues la última tempestad que nos habia sido tan funesta nos habia ademas desviado de nuestro rumbo llevándonos ácia el Norte, y en lugar de los trece grados y medio de latitud septentrional que era la paralela que debíamos seguir para ir á la isla de Guam nos hallábamos á los diez y siete grados; y como habia una calma tan grande desde que pasó la tempestad, ignorábamos á qué distancia nos hallábamos del meridiano de las islas de los Ladrones, y no sabíamos si el viento nos habria alejado de estas islas sin advertirlo. En tales circunstancias no habia otro partido que tomar que dirijirnos ácia las costas orientales del Asia, donde si hubiéramos podido llegar hubiéramos aun encontrado en toda su fuerza el viento del Oeste; pero estas costas estaban á cuatrocientas ó quinientas leguas de distancia, y el escorbuto hubiera acabado con nosotros

mucho antes de encontrar el viento favorable, pues no pasaba dia que no muriesen ocho ó diez enfermos y á veces doce, habiéndose estendido este mal en la tripulacion de modo que pasó el contagio hasta á los que hasta entonces habian permanecido sanos.

Aprovecháronse nuestros carpinteros de aquella calma para descubrir el parage por donde nuestro navío hacia agua, que á pesar del poco viento que hacia parecia aumentarse de dia en dia; hallaron que era en la proa y convinieron en que no era posible reparar del todo esta avería hasta llegar á algun puerto, de modo que pudiesen trabajar tambien por defuera; sin embargo hicieron un esfuerzo por ver si impedian que entrase agua en el navío, y habiéndolo conseguido acabamos por fin de tranquilizarnos.

Hasta entonces habíamos tenido por una desgracia la calma que sucedió á la tempestad, y que duró muchos dias, porque llevándonos la corriente ácia el Norte nos esponiamos á pasar las islas de los Ladrones sin advertirlo, de donde no creíamos estar muy

distantes; pero el viento comenzó á refrescar y empeoró aun nuestra situacion, pues viniendo de Sudoeste daba al navío de proa, pero por fortuna no tardó en volver al Nordeste, aunque fue tan poco constante que al poco tiempo volvimos á afligirnos por nuestra situacion. Por fin el dia 23 al amanecer descubrimos dos islas á la parte del Oeste, y esta vista difundió la alegría en el navío cuando todos estábamos mas temerosos y abatidos, pues ya habíamos perdido las esperanzas de volver á ver tierra. La mas próxima de estas islas era, segun supimos despues, la de *Anatacan*, la que juzgamos estar como á quince leguas de distancia, y pareciónos desde luego muy montuosa y de corta estension. Era la otra isla la de *Seriguan*, que tenia trazas de unas altas rocas mas bien que de ningun puerto donde pudiésemos descansar. Estábamos muy impacientes de llegar á cualquiera de estas dos islas con la esperanza de encontrar una buena mansion para el restablecimiento de todos nuestros enfermos, pero el viento era muy débil,

y fue tan variable en todo aquel dia que nos íbamos acercando á tierra con mucha lentitud; sin embargo, al dia siguiente nos hallamos tan avanzados ácia el Oeste que descubrimos otra isla que era la de *Pájaros*: esta es pequeña y habíamos pasado de noche sin verla á una milla de su puerto. Hallándonos al mediodia á cuatro millas de la isla de *Anatacan*, enviamos la chalupa para ver el puerto é informarnos de las producciones de la isla; y como nuestra suerte dependia de estos recursos, cualquiera puede juzgar de la ansiedad con que aguardábamos la vuelta de la chalupa. Parecia visiblemente que las otras islas no podian servirnos de ningun socorro, é ignorábamos á cual de ellas podríamos abordar. Volvió la chalupa á la noche con la triste noticia de que no habia ningun puerto, y que la costa era sumamente escarpada y peligrosa. Algunos de los que habian ido á este reconocimiento dijeron que aunque con mucha dificultad habian saltado á tierra, y que habian visto el terreno cubierto de cañaberales, pero

sin agua buena y que no creian fuese habitada la isla aunque no creian mereciese estar desierta.

Produjo esta noticia un desaliento general, el cual se aumentó con una desgracia que nos ocurrió á la noche siguiente: mientras que nos adelantábamos con el designio de tomar pronto tierra y embiar á nuestra chalupa por nueces de cocos para los enfermos, se levantó el viento de la isla con tanta fuerza que nos hallamos en un momento muy ácia el Sud para poder destacar la chalupa ácia la costa. El único partido que nos quedaba á fin de conservar la poca gente de nuestra tripulacion, era buscar alguna de las otras islas de los Ladrones, de que teníamos un conocimiento muy imperfecto para poder avanzar con alguna certidumbre. Salimos, pues, de la isla de Anacatán con el temor muy fundado de morir del escorbuto ó de naufragar nuestro navío por falta de gente que pudiese dar á las bombas.

CAPITULO XII.

Llegada á Tinian.

Perdimos de vista á Anacatán la mañana del 26 de agosto de 1742. Descubrimos al dia siguiente otras tres islas á la distancia de diez á catorce leguas, y eran segun supimos despues las de Saipan, Tinian, y Añigan. Dirijimos nuestro rumbo ácia Tinian, pero el viento era tan poco favorable que al otro dia al amanecer nos hallábamos aun á cinco leguas de distancia. Ácia las diez de la mañana vimos una piragua, clase de embarcacion de que usan en diversos parages de las indias orientales, viniendo de la parte del Sud, entre Tinian y Añigan. Conjeturamos desde luego que estas islas estarian abitadas; y sabiendo que los españoles tenian siempre guarnicion en Guam tomamos las precauciones necesarias para nuestra seguridad, y á

fin de que el enemigo no pudiese sacar ventaja de nuestra debilidad, la cual facilmente desconcertaria todas nuestras maniobras, colocamos la poca gente que teníamos cerca de la artillería, y cargamos todos los cañones á metralla. Para podernos informar mejor de la isla quitamos el pabellon inglés y enarbolamos la bandera española, á fin de que creyesen que nuestro navío era la galera de Manila, y que con esta esperanza vinieran á bordo algunos habitantes. A las tres de la tarde estábamos tan cerca de tierra que enviamos una falucha al reconocimiento, y poco despues vimos les salia al encuentro una piragua en la firme inteligencia, como despues supimos, de que nuestro navío era la galera de Manila. Cuando vimos volver la chalupa, enviamos otra con los prisioneros que teníamos á bordo á fin de que pudieran mejor entenderse. Volvieron entonces todos juntos ácia la isla para informarse del estado de ella, y el resultado de sus investigaciones escedió mucho de lo que nosotros po-

diamos esperar. En efecto, digéronnos que la isla estaba inabitada, lo cual fue una gran fortuna para nosotros; pues de lo contrario los españoles se hubieran vengado bien á su sabor de todos los daños que les habia hecho nuestra escuadra. Añadieron que habia inmensa cantidad de víveres; que el pais estaba perfectamente cultivado; que habia una agua escelente; que la isla abundaba de toda clase de ganados; que habia una porcion de frutas, entre ellas naranjas, limones y cocos; que los españoles se aprovechaban de la fertilidad de esta isla para llevar víveres á Guam, y que no habia mas tropa que un sargento y veinte y dos indios que habian venido del mismo Aguam para matar vacas y cargarlas en una canoa que se iba á marchar.

Causonos esta relacion una alegría inesplicable; como estábamos á corta distancia de tierra veíamos efectivamente pastar un sin número de rebaños, así que confirmábamos por nuestros propios ojos aquellas noticias mas interesantes que nos

habian dado; las demas ya se entreveían por la belleza del pais, y lo bien cultivado de las tierras; veíanse soberbios bosques con bellas y anchurosas praderas, distribuido el todo al parecer con esquisito gusto y formando un conjunto propio para honrar la invencion de algun hábil dibujante. Verdaderamente no parecia aquello obra de la naturaleza sino de la esactitud de las combinaciones del arte con las dimensiones geométricas que parecian haberse tomado en las colinas por la simétrica desigualdad del terreno. Una prespectiva tan agradable y lisonjera hacíanos esperar que en esta isla no solamente sanarian todos nuestros enfermos, sino que podríamos hallar en ella el reposo y el descanso de que tanto necesitábamos despues de los peligrosos trabajos de nuestra navegacion. Así es como por accidentes que habíamos tenido por muy funestos obtuvimos despues todo lo mas favorable que podíamos desear, pues si los vientos contrarios no nos hubiesen dirigido al Norte, ni desvia-

donos de nuestro primer rumbo, acaso no habiéramos encontrado en mucho tiempo un pais tan propio para descansar como la isla encantadora que teníamos á la vista.

El mismo sargento español vino á bordo de nuestro navío, y nos dijo que algunos indios de los que estaban á sus órdenes estaban aun en tierra, y que inmediatamente iban á embarcarse para Guam. Conocimos de cuanta importancia nos sería impedir la salida de los indios para que no noticiasen nuestra llegada al gobernador de Guam, así que retuvimos á bordo al sargento y embiamos una falucha para apoderarse de todos los indios y del barco que iba á salir para Guam.

Anclamos, pues, á las ocho de la noche, y todos nuestros convalecientes sacaban fuerzas de flaqueza para entrar en esta especie de paraiso terrenal, despues de tantos meses de trabajos y de afliccion. Nuestro equipage á la verdad estaba debilitado por el destacamento que habiamos enviado á apresar á los indios, pero

tambien es cierto que influyendo este destacamento y algunos indios teniamos setenta y uno hombres útiles, y otros muchos que estaban imposibilitados de maniobrar. Este era el resto de las tripulaciones del *Centurion*, el *Glocester* y el *Tryal*, que componian juntos mas de mil hombres cuando salimos de Inglaterra.

Estando ya perfectamente anclados y recogidas las velas, nos entregamos todos aquella noche al reposo y al descanso. Al dia siguiente envió M. Anson una partida de hombres bien armados para guarnecer el puerto é impedir cualquiera alarma que hubiera podido ocasionar la prision de los indios. Hallamos en tierra muchas cabañas, lo cual nos evitó el trabajo de levantar tiendas de campaña. Habia en ellas muchos toneles de vaca seca y salada, lo que nos sirvió mucho para la asistencia de los enfermos que trasladamos á estas cabañas. Algunos estaban tan débiles que hubimos de llevarlos en brazos, pero en medio de esta suma debilidad sintieron inmediatamente la be-

néfica influencia del aire y del terreno, pues aunque en el dia del desembarco y su víspera habian muerto veinte y un hombres, solo tres murieron en el espacio de dos meses que estuvimos en la isla, hallándose casi todos los enfermos restablecidos al cabo de tres semanas. Pero las producciones de esta isla son tan variadas é interesantes que antes de seguir el hilo de nuestras aventuras se me permitirá una pequeña digresion para instruir á los lectores de la situacion, terreno, clima, productos, y amenidad de la isla de Tinian.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.